



Tete y Leonel

en la huelga de los animales



Colección **Planeta Azul**

Diseño de colección:
María de los Ángeles Vargas T.

© del texto, Óscar Landerretche, 2018
© de las ilustraciones, Daniela Fernández, 2018

Diagramación:
Ricardo Alarcón Klaussen

© Editorial Planeta Chilena S.A., 2018
Av. Andrés Bello 2115, piso 8, Providencia,
Santiago de Chile.
www.planetalector.cl
www.planetadelibros.cl

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo por escrito del editor.

Primera edición | diciembre 2018
ISBN | 978-956-9962-68-4
Nº de registro: A-292417

**El libro original protege el trabajo del autor,
diseñador, ilustrador y del equipo editorial.
Comprar el original es respetar ese trabajo.
No fomentes el delito de la piratería.**

Impreso en Chile / Printed in Chile

Tete y Leonel

en la huelga de los animales

ÓSCAR LANDERRETCHÉ

Ilustraciones de DANIELA FERNÁNDEZ



Ocurrió en el zoológico un día soleado,
que papá llevó a Tete a un paseo de sábado.
Llegaron caminando con paso relajado,
a ver a los animales y tomar un helado.

«Anda y mira», dijo el papá mientras se sentó
en una larga banca en la que se acomodó
para revisar diarios, noticias, memos y datos,
contestar correos y pasar un mal rato.
«Estoy ocupado, Tete, lo siento —le dijo—,
te traje al zoológico, pero tengo trabajo, hijo».

De modo que Tete se fue a conocer los animales y pájaros que había para ver.

Al poco andar le pareció algo extraño que, en un zoológico de semejante tamaño, no había elefantes, no había gorilas, no estaban las focas nadando en filas, no había monos, no había culebras, no había jirafas, ni llamas, ni cebras, no había flamencos parados en una pata, ni tampoco ratones enrollados en una lata, no estaba el águila, no estaba la serpiente no estaban los osos sentados al frente.

Entonces Tete dedujo, con escalofrío, que el zoológico, quizás, estaba vacío.



Volvió donde su papá que estaba sumergido
en unos documentos que no había leído.
«¡Papá, papá! —el niño Tete exclamó—, no
hay animales, ¡el zoológico se vació!».

El papá asomó apenas un ojo
por sobre los papeles que tenía en un manajo:
«Tal vez están durmiendo, ya vas a ver,
si tienes paciencia van a aparecer».



Así que algo triste se fue Tete caminando,
recorriendo el zoológico y deambulando.
Y entonces el niño, al fondo, divisó
una gran melena que reconoció.

«Señor león —lo llamó Tete, tras la reja—, quería
preguntarle, si usted me deja, ¿dónde están los
animales que usualmente habitan en este
zoológico que todos visitan?»



«Lo siento, amigo —refunfuñó el león,
muy amurrado en su rincón—,
la culpa es de Mario, el macaco sonriente,
que sabe muy bien cómo agradar a la gente.

A los animales ha convencido, a todos,
de que nuestra comida es mala y sabe a lodos.
Me exigen que sean mejores las cenas,
me dicen que su comida es fuente de penas.

Y, como si esto no fuera suficiente,
ese macaco ha convencido a esta
gente de que todos derecho a postre
tendrán si siguen en la huelga con afán.

Mi nombre es Leonel, y ten presente,
que de este zoológico soy el presidente,
pero este problema no sé arreglar
y no estoy seguro de poder gobernar.»



